LADY PARAXENA

La agorera se acomodó el rizo que empezaba a caer sobre su frente, bajo el sombrero de copa que llevaba puesto, a pesar incluso del intenso calor que emanaba de la bandeja con brasas , hierbas y sales. Según ella esa mezcla maloliente era necesaria para “invocar a los espíritus”.

Frente a ella su clienta, la señora Tzemeridi, se abría un poco más el cuello de la blusa para poder respirar con libertad.

- Mi pregunta es, porqué ahora? - gimió la dama de cincuenta años de edad. - No había pensado en ella durante años.
- Porque no? - preguntó la joven a quien había acudido, por consejo de una compañera del Club de Amigurumi. - Después de todo, es su hija. Ese lazo entre ustedes trasciende incluso la barrera entre los dos planos, estos que llamamos “vida” y “muerte”. Ella es capaz de llamarla desde el otro lado. Y lo hará, como es lógico, que una hija busque a su madre.
- Pero... es posible? Lo que le digo... la vi!! Es posible eso?
- Usted CREE haberla visto – dijo con desdén la muchacha, para, restando importancia a la angustia de su interlocutora, crear un ambiente de mas dramatismo. - Es el reflejo de su propia culpa. - Añadió con el tono de una estudiante de psicología de primer año, que repite lo leído.
- Pero fue hace tantos años...
- Nada se borra; nada se olvida. Todo queda escrito. Somos nosotros los que lo sacamos de nuestra mente, porque nos da demasiada vergüenza, reconocer lo que hicimos mal o dejamos de hacer bien.

La señora Tzemeridi se estremeció y saco de su bolso una botella de agua mineral. La había comprado para digerir la pastilla de antiacido, pero en ese minuto el liquido era una verdadera salvación. La muchacha, mientras tanto, limpiaba con sus dedos engalanados con anillos el borde de la mesa, cubierta con un mantel de gabardina de color ciruela.

- Cuando fue la primera vez? - preguntó entonces. Su clienta se pasó la mano por el cabello rojizo y corto.
- En el supermercado, hace un mes. Estaba yo esperando que me atendieran en la sección de charcutería, y al mirar hacia otro lado sentí el movimiento del carro. Pensé que alguien me había chocado, como siempre pasa, pero entonces vi su cabecita rubia, y su vestido a cuadros celestes y blancos... y como desapareció entre la multitud.
- Interesante – dijo la agorera con tono algo sarcástico. La verdad era que no se aburría; era una de las mejores historias que había oído en bastante tiempo. - Y como supo que era ella, que era... como se llamaba?
- Grigoria – respondió la señora Tzemeridi. - Bueno, esa vez me dije “Se parece a...”. Y ni siquiera le di mucha importancia. Aunque lo del vestido... el vestido que le compré en una de las ultimas ocasiones en que... en que fui a verla. - Se quedo como inmóvil, en trance, y la muchacha acercó un poco su rostro a la lumbre para cerciorarse de que seguía con vida. - Perdón. Es que es difícil, sabe...
- Yo no sé nada mas que lo que usted me cuenta – replicó la que se hacia llamar Lady Paraxena, a fuerza de no habérsela ocurrido un nombre mejor. - Porqué dejó de visitarla? Si es que puede hablar de ello.
- Fue una disputa entre mi segundo marido, entonces pretendiente, y mi padre, a quien no le gusta su personalidad, ni su trabajo en el teatro. Menelaos era encargado de relaciones pùblicas... contratos entre actores, actrices y las compañías. Y mi padre me dijo que si quería irme lo hiciera sola... que no me dejaría llevarme a Grigoria. Menelaos me dijo que lo arreglaríamos con un abogado, que lograría que me la entregasen... pero luego de llegar a

Atenas, la verdad... me di cuenta que efectivamente, no podría hacer una vida de ama de casa y madre como antes. Mi marido me necesitaba con el, porque decía que las compañías de teatro tomaban mas en serio a un hombre casado, que no se enredaba con las "vedettes". Y eso era cierto. Menelaos fue siempre muy fiel, y muy dedicado. El vivía para el espectáculo.

- Entiendo. Usted creyó que su hija estaría mas segura con sus padres... Qué quiere que le diga. Yo también le habría dado la razón.
- Exacto! Lo ve? - Y luego de una pausa dijo la clienta – Como iba a saber yo...

Aquello a lo que se refería nadie podía saberlo ni pudo evitarlo. Ni el mismo Gobierno. Una lluvia torrencial se convirtió en tormenta y esta en un alud que sepulto por completo aquella localidad montañosa. Solo algunos pastores se salvaron de la devastación; mas no hubo lugar donde pudieran reasentarse.

- Mis padres, Grigoria... todos... todos muertos. Yo no había estado por allá en por lo menos dos años. Grigoria tenia siete en ese entonces. Igual que la niña que vi en el mercado. Y otra vez la semana siguiente.
- Como fue eso?
- Había salido yo del cine con una amiga. Eran alrededor de las 10 de la noche. Iba a tomar el taxi de vuelta a casa. Y la veo en la vereda de enfrente. Agita la mano y hace un gesto como si quisiera correr hacia mi. En ese momento, no se que me pasó, pero grité. Le grité: "No!!" Y mi amiga me sacudió los hombros. "Estas loca?", me dice. Y al mirar nuevamente, yo con el corazón en la garganta... no vi nada, salvo el trafico normal. Es como si nunca hubiera estado allí.
- Le dijo usted a su amiga lo que le ocurría?
- Le dije que había visto "una niña". No que fuera Grigoria. Ella... no sabe nada de eso.

Lady Paraxena, con su rostro ovalado, nariz diminuta y ojos color azabache, sutilmente maquillados, produjo una sonrisa de malvada satisfacción. Hasta entonces había sido una sesión

casi de terapia... pero si era quien decía ser, debía explotar la vulnerabilidad de su clienta. Para que valiera tanto el tiempo invertido como el dinero que estaba recibiendo. Cuando las personas que acudían a ella quedaban mas desesperados que antes... entonces volvían. Y lo que era aun mas absurdo, la recomendaban con mas entusiasmo. No porque resolviera sus problemas, sino porque les había dado la certeza de que no tenían solución, y de que eran tan graves y serios como ellos lo habían pensado. No eran banalidades, sino asuntos de vida o muerte, y ella se los confirmaba.

- Se da cuenta adonde estamos llegando, verdad? - dijo sin dejar de mirarla, aunque la señora Tzemeridi apenas podía soportarlo, aun menos que la apestosa humareda que producían las brasas a medio consumirse. - Usted esta proyectando desde el exterior lo que no se atreve a expresar desde dentro. Sus dos maridos ahora están muertos, y sus padres. Usted no tuvo hermanos. Es la vida... pero su hija... ella debería estar aquí. Usted debería estar con ella. Eso seria lo lógico. Pero... estas son las consecuencias de la vida que usted eligió. Eligió no tener hijos, para estar con su esposo y apoyarlo en su trabajo. Pues esto es lo que hay.

Con expresión de derrota, con la cabeza baja, se apoyaba su clienta con ambas manos sobre la mesa. Lady Paraxena había dado ya al acto teatral que representaba toda la carga emocional que podía manejar. Aunque había algo mas de lo que podía valerse.

- Esta... no fue la última vez que la vio, cierto? - preguntó como quien atrapa a otro en una mentira.

La señora Tzemeridi movió lentamente la cabeza de lado a lado.

- Pero esta vez no la vi... la sentí – admitió con apenas un hilo de voz.
- Explíquese – la conminó la joven aprovechando el momento de mayor malestar de su clienta. El efecto deba ser completo. Deba salir de su estudio, situado en un viejo edificio de tres plantas aledaño a un terminal de autobuses, totalmente derrumbada.
- Estaba sola en mi casa. Iba a tomar un baño, y estaba eligiendo la ropa que me pondría al salir. Era la media tarde y hacía bastante calor... y entonces sentí el toque helado de unas manecillas que se aferraban a mi... mi trasero, vamos, y cómo apretó su cara contra mi

espalda. Y sentí muy claramente su voz diciendo: “Mamá!”

- Y entonces? - insistió Lady Paraxena y la señora Tzemeridi se dio cuenta que la agorera estaba masticando algo. Era una porción de una barra de proteínas, que a la joven le había regalado una compañera del gimnasio. La dama ya había entrado en la parte mas jugosa del relato, y no podría ya detenerse.
- Entonces salí corriendo... a medio vestir, hasta la puerta... y entonces me di cuenta que no llevaba mas que el sostén arriba, aunque sí los pantalones...
- Entiendo, entiendo... - dijo la joven aparentando seriedad, aunque la historia había tomado un giro divertido y era difícil no reaccionar a ello.
- No sabía que hacer... hasta que me hablaron de usted... Y bueno, ya le he contado todo. Con lo que me cuesta hacerlo. Pero, eso es, mi problema.

Lady Paraxena murmuró unas palabras ininteligibles – inventadas – moviendo las manos sobre las ahora tibias brasas.

- Y si yo le dijera... - inquirió aferrándose a una idea que acababa de concebir – que usted está enferma, y su hija viene a buscarle, para reunirse con ella, qué me diría?

La señora Tzemeridi quedo inmóvil y por sus cabellos comenzó a gotear el sudor con mas intensidad.

- Como sabe usted eso? Quien se lo dijo? Yo no dije nada...

Lady Paraxena levantó la mirada con cierto aire perverso. Había acertado, aparentemente, aun sin querer.

- Es mi trabajo saberlo, recuerda? Así que... o bien es eso, que Grigoria está tan ansiosa de volver a verla, como seguramente ocurrirá, mas temprano que tarde, o usted teme tanto su rechazo que usted la invoca, para hacer las paces con ella antes de... reencontrarse. - Su clienta iba a hablar pero la joven la interrumpió para añadir -. La entiendo. Yo tampoco lo soportaría... verme avergonzada ante mi hija, para toda la eternidad...

La señora Tzemeridi hizo un gesto como si quisiera levantarse. La agorera la observaba en silencio.

- Qué puedo hacer entonces?
- Hàblele – respondió con total simplicidad. Dígale lo que siente, y que desea también estar con ella. Y así... al menos podrá irse en paz.

La señora Tzemeridi, que al parecer temía lo que significaba el hacer esto, a saber, admitir que esta visión correspondía realmente al alma de su difunta hija, a la que había abandonado por un hombre y una mejor situación económica, desparramó el dinero sobre la mesa, sin dejar de asentir, y tomando de la manija su bolso – al tercer intento, pues con los nervios no lo encontraba donde lo había dejado debajo de la mesa – se retiró abriendo con cuidado la puerta de madera del estudio de Lady Paraxena. Esta se puso de pie y recogió los billetes con una mano mientras con la otra escribía en el teléfono un mensaje de texto:

“Hoy a las 20:00. Fengari Bar. Besos”.